

Traducción de  
VÍCTOR GOLDSTEIN

JACQUES DERRIDA  
ÉLISABETH ROUDINESCO

Y MAÑANA, QUÉ...

FOTOCOPIADORA	
C.E.Psi	
.....EVOLUTIVA 2.....	
Folio 82	S/F
	D/E-



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA  
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

### 3. Familias desordenadas

ÉLISABETH ROUDINESCO: Me gustaría proseguir con la cuestión de la homosexualidad evocando con usted la normalización de esto en las sociedades democráticas. Por lo que a mí concierne, defiendo la idea de que es necesario aceptar que las parejas homosexuales puedan tener hijos: por adopción, homoparentalidad, coparentalidad<sup>1</sup> o inseminación artificial con dador (de esperma) (IAD). De buena gana se dice que en estas situaciones se renuncia a transmitir al niño la idea de la sacrosanta existencia de la "diferencia anatómica de los sexos"<sup>2</sup> que sería necesaria para la elaboración de todas las diferencias imaginarias y simbólicas. Me parece que esta afirmación es inexacta. Nada permite decir hoy que los "hijos de homos", como se designan a ellos mismos, estén más perturbados que los otros o sean más ignorantes de esa famosa diferencia.<sup>3</sup> Esa diferencia se transmitirá al niño porque lo que permanece invariable es la realidad biológica de la fabricación de un ser humano. Resta saber si esta diferencia es el componente mayor de las otras diferencias. De todos modos, ninguna disciplina (psicoanálisis o antropología) puede sublevarse contra una realidad social de ese tipo, aunque sepamos que toda sociedad humana descansa en la existencia de prohibiciones, funciones simbólicas, leyes, límites, etcétera.

JACQUES DERRIDA: Estaría tentado de decir, de manera un poco abstracta y negativa, que no hay que prohibir esa experiencia. Una vez que haya sido con-

<sup>1</sup> La coparentalidad es una situación en la cual una madre lesbiana o un padre gay elaboran el proyecto de tener y educar un niño con compañeros de los cuales unos son los padres biológicos y otros los padres sociales que educan al niño. Así, el copadre puede ser un padre legal, un padre social o un padre biológico. La homoparentalidad es un término que apareció en 1997 para designar una situación en la que por lo menos un padre se asume como homosexual.

<sup>2</sup> Véanse al respecto Daniel Borillo, Éric Fassin, Marcela Jacob, *Au-delà du PACS. L'expertise familiale à l'épreuve de l'homosexualité*, París, PUF, 1999, y Martine Gross (comp.), *Homoparentalités, états des lieux. Parentés et différence des sexes*, Issy-les-Moulineaux, ESF, 2000.

<sup>3</sup> En Holanda, donde el matrimonio de los homosexuales es admitido por la ley desde septiembre de 2000, alrededor de 20 mil niños son educados en situaciones de coparentalidad o de homoparentalidad. En un testimonio recogido por *Le Nouvel Observateur*, 1859, 22-29 de junio 2000, Théo, de 7 años, declara: "Vivo con mamá y Tata. Tata es como una mamá, salvo que es más severa. Nunca tuve un papá. El que hizo el bebé para ayudarnos fue un amigo de mamá [...]. Más tarde yo voy a vivir con una niña, no es tan complicado para hacer bebés".

siderada lícita, pasará lo que deba pasar. Incluso en los casos más normales, sucede lo que sucede: hay familias llamadas normales en las cuales los niños legítimos son muy desdichados. La adaptación a nuevas estructuras parentales está en curso, y proseguirá. Irreversiblemente, creo, aunque aquí o allá puedan preverse reacciones, frenos, desigualdades de ritmo. Esa mutación será más difícil en "nuestras" sociedades para los niños adoptados por parejas homosexuales. Pero una ley represiva no cambiaría nada. Hay que hacer todo lo posible para dar condiciones legales de ejercicio a prácticas donde se manifiesta el deseo, en todo caso donde, como en el matrimonio heterosexual, hoy se supone presente en la mayoría de los casos. Luego, por supuesto, habrá fracasos (¡hasta curas psicoanalíticas que intentarán "tratarlos"!), como los hay en las familias llamadas normales y legítimas. En el horizonte se anuncia la cuestión mucho más general del modelo de la célula familiar occidental típica, la pareja heterosexual con dos o tres niños. Este modelo dominante, que sigue siendo, no lo olvidemos, el de la "pareja", comprende, incluye o induce otras parejas, toda una combinatoria de parejas con tal que, y es la única condición requerida por el modelo, sigan siendo parejas, "cabeza a cabeza". La pareja homosexual sigue siendo una "pareja" que, a su vez, también requiere niños legítimos. ¿Por qué no? ¿Tan lejos estamos de la norma dominante? ¿No puede reconstituir, quiero decir conservar, de manera a veces muy conservadora, en esa situación aparentemente nueva, sus funciones más tradicionales (figura del padre, de la madre, etc.)? Numerosas mutaciones se hallan en curso, entre las cuales la adopción de niños por homosexuales no es más que un caso particular. No estoy seguro de que sea lo más grave o lo más transgresor.

É. R.: Por ejemplo, en el caso de la IAD. Mayoritariamente ocurre con mujeres homosexuales mucho más que con hombres que, cuando son homosexuales, deben recurrir a madres portadoras. En un caso, hay una continuidad entre el orden biológico y la orientación sexual, en el otro hay un corte porque un hombre no puede ser inseminado pero puede dar su esperma. Me parece que esa disimetría se encuentra en la distribución de los roles y de la organización psíquica inconsciente: los hombres en pareja se conducen más bien como educadores, tíos o tutores, frente a los niños que tienen a cargo, mientras que las mujeres imitan más fácilmente el modelo parental heterosexual. Me pregunto si el peligro en general —tanto entre los homosexuales como entre los heterosexuales— no deriva del lugar excesivo concedido a la omnipotencia materna. Es sabido que la mujer, al hacerse madre, se ve obligada a una posición de omnipotencia frente al lactante en estado de dependencia. Si esta potencia fusional de la madre con el hijo es necesaria durante los primeros meses de vida para la socialización futura de éste, la madre luego debe renunciar por sí misma a él para que el niño pueda abrirse al mundo de la alteridad,

a lo que se llama "el tercero", encarnado primero por el padre, y por ende, en principio, por el que ocupe simbólicamente el lugar del padre, un lugar que puede ser el del otro o el del "diferente" (cualquiera que sea su sexo).

Por otra parte, yo compruebo que las parejas homosexuales tienden a mostrarse como tan "normales" como las tradicionales, al punto de imitarlas de manera en ocasiones caricaturesca. Me pregunto entonces si ese deseo de normalidad cesará con la detención de las discriminaciones sociales o si, por el contrario, se acentuará.

J. D.: ¿Acaso una pareja de hombres homosexuales propone o impone dos padres a su hijo? No estoy seguro. ¿Una pareja de mujeres homosexuales engendra dos madres? ¿No hay siempre, en todas estas situaciones, "entre nosotros", un padre y una madre, padre y madre? ¿Hasta abuelos, tíos y tías, toda suerte de relevos y sustitutos, como siempre, entre los amigos, etcétera? Más allá de toda interpretación jurídica, me pregunto sobre todo cómo (y si) el modelo familiar, referencia muy estable y fundadora para la teoría psicoanalítica, podrá, al transformarse, transformar al psicoanálisis.

Entre Freud y sus sucesores, incluido Lacan, la teoría edípica supone un modelo fijo: la identidad estable del padre y la madre. Y sobre todo de una madre supuestamente irremplazable. Habrá que volver sobre este punto que considero decisivo. A largo plazo, lo que debería verse afectado por lo que desplaza el modelo familiar es precisamente la aproximación psicoanalítica de esta cultura. Esa mutación del psicoanálisis mismo debería corresponder por lo demás a lo que considera su misión primera: ocuparse ante todo de aquello que, directamente o no, concierne al modelo familiar y a sus normas. El psicoanálisis siempre quiso ser un psicoanálisis de las familias.

É. R.: Me parece que desde ya hay dos posiciones: la de los dogmáticos, atados a un modelo congelado que tiende a borrarse de la realidad social —aunque más no fuera con las familias recompuestas— y la de los modernos, más "deconstructores" y sensibles a las transformaciones inducidas por los propios sujetos. Yo me ubico del mismo lado que usted: a partir del momento en que se corporiza, en que existe una realidad nueva, el psicoanálisis —como por otra parte cualquier otra disciplina— debe pensarla, interpretarla y tenerla en cuenta, y no condenarla, porque eso equivaldría a excluirla o negarla, y por tanto a transformar una disciplina en código de deontología y a convertir a sus practicantes en censores o procuradores.

J. D.: Ya que usted me alcanza la palabra "deconstrucción", podría mostrarse que la deconstrucción siempre fue "de la familia", "deconstrucción de la familia" (con algunas pequeñas consecuencias "revolucionarias" que le dejo imagi-

nar del lado de la sociedad civil y del Estado). También a veces digo que la deconstrucción es "lo que ocurre" o lo que ocurre como lo imposible. Bueno, se convierte en "lo que ocurre a la familia" pero como lo imposible. Puede seguirse el trayecto de estas proposiciones hasta los problemas que acabamos de evocar (PaCS, coparentalidad, homoparentalidad, inseminación artificial, etcétera). La transformación del medio psicoanalítico que usted evoca en su último libro<sup>4</sup> —esa nueva generación de analistas y pacientes— no deja de estar relacionada con la transformación de la estructura familiar.

Nos enfrentamos con una transformación de la propia sociedad, con una transformación de ese modelo de que acabamos de hablar: ya se trate de la sexualidad, de la familia monoparental, de los niños ilegítimos o legítimos. Esta turbulencia social producirá efectos sobre la escena psicoanalítica: por el lado de los pacientes y por el de la formación de los clínicos. Conjunto indisociable: transformación del campo social —o del campo simbólico— por un lado, transformación de la profesión analítica por el otro.

É. R.: ¿No cree que la tesis freudiana de la revalorización de la función paterna por el sesgo del falocentrismo sea la única que piensa a la vez la deconstrucción de la familia y su destino venidero en un mundo en mutación? En otras palabras, tengo la impresión de que la familia es eterna, que no está en peligro, que su riqueza consiste al mismo tiempo en su anclaje en una función simbólica y en la multiplicidad de sus recomposiciones posibles.

J. D.: ¿A qué se llama la "familia"? Yo no diría sin vacilar que la familia es eterna. Lo que es inalterable, lo que seguirá atravesando la Historia, es que hay, o que haya, algo que se llama familia, un lazo social organizado en torno de la procreación. La familia llamada "animal"<sup>5</sup> también merecería ser analizada en su complejidad, como lo hacen los primatólogos. Pero habría que reintroducir el desafío de sus trabajos en el campo del psicoanálisis, de la filosofía, de la antropología. Bastante poco se interesa uno, me parece, en las estructuras simbólicas, sociales y familiares propias del mundo llamado "animal".

Como usted sabe, suponiendo incluso que la prohibición del incesto sea un rasgo esencial de lo "propio del hombre" o de la "cultura" antropológica (enorme problema que aquí dejo picando), existe una modalidad de evitamiento del incesto entre ciertos primates que podría ser tenida en cuenta y hacer mover muchas cosas.

Por tanto, yo no hablaría de una "eternidad" de cualquier modelo familiar sino de una transhistoricidad del lazo familiar. Y el modelo al que Freud —con

<sup>4</sup>Élisabeth Roudinesco, *Pourquoi la psychanalyse?*, ob. cit.

<sup>5</sup>Véase nuestro capítulo 5: "Violencias contra los animales".

tantos otros— se refiere es solamente el de una secuencia. Muy larga y muy corta a la vez, según la escala escogida. Muy larga porque cubre milenios, y muy corta porque, bien lo vemos, fue instituida, y llegará el momento, por otra parte se está anunciando, en que será, si no destituida, por lo menos endiabladamente complicada. Ya, y desde hace mucho tiempo, está terriblemente sobredeterminada. No sé si es previsible la duración de la microrreflexión actual sobre la familia monoparental o sobre la adopción de niños por parejas homosexuales. Su porvenir es incierto. Desde ya, siempre habrá "algo que se llama familia", pero ¿a qué se parecerá su "organización" dentro de siglos o milenios? Difícil de decir. Con la palabra "organización", me refiero aquí a lo que instituye un modelo normativo, hasta legal y dominante en una sociedad dada. Pero ya se alegren o lo deploren, la experiencia efectiva, y cada vez singular, no se doblega, jamás se sometió a esa "organización" estatutaria. ¡Eso también es el inconsciente! ¡Con el "sin-familia"!

¡Con un hombre y una mujer se pueden hacer muchas cosas! ¡Con la diferencia sexual (y la homosexualidad no es indiferencia sexual) pueden imaginarse tantas configuraciones llamadas "familiares"! E incluso en lo que nosotros consideramos como "nuestro" modelo más estable y familiar, ¡hay tantas subespecies! Los "progresos" de la genética liberan o aceleran nuestra imaginación, regocijada, aterrorizada, o ambas cosas a la vez, ante toda suerte de fenómenos que no diré desconocidos, sobre todo no por el inconsciente, pero todavía no "registrados" por lo que podría llamarse, en el sentido amplio, el estado civil...

É. R.: ¿En qué piensa?

J. D.: En familias donde habría no solamente dos o tres madres, sin contar los padres, sino también en familias compuestas de 3 + n padres. Eso ya existe.<sup>6</sup> En el inconsciente de las familias más "formales". Si usted toma seriamente en cuenta la complejidad ya efectiva de las relaciones parentales en las sociedades occidentales, tiene una primera idea de la futura madeja.

Así, cabe imaginarse una recomposición, una combinatoria extremadamente complicada, producida no solo a partir de una lógica interna de la transformación sino a partir de las transformaciones tecnogenéticas, y de las reacciones a la clonación, a los injertos de órganos, a la inseminación artificial. Se seguirán reinventando medios de "normalizar", no digo "naturalizar", los efectos más inéditos, en apariencia inasimilables y monstruosos de esos nuevos poderes tecnogenéticos. Ya, respecto de las perspectivas de la clonación, felizmente se

<sup>6</sup>En ciertos casos de IAD, un niño puede salir de tres "madres": la primera hace el don de sus ovocitos, la segunda lleva el niño y lo pare, la tercera lo adopta y educa. Se distinguen así una madre genética, una "portadora" (o sustituta) y una llamada "social". La legislación sobre la filiación es diferente según los países. En Francia, la madre legal es la madre social.

empieza a relativizar, a diferenciar, a complicar las primeras reacciones, los primeros delirios reactivos, cuyos esquemas ideológicos y presuposiciones metafísicas fueron objeto de análisis críticos, por no decir deconstrucciones, desde hace tanto tiempo. ¡Como si la clonación<sup>7</sup> comenzara con la clonación! ¡Como si no hubiera diferentes clonaciones! Como si no hubiera una manera clonesca de reproducir el discurso contra la clonación.

En todas partes donde hay repetición y duplicación, hasta semejanza, hay clonación, es decir, en todas partes en la "naturaleza" y en la "cultura", que nunca prescinde de cierta clonación. La cuestión, pues, nunca será la de un "sí o no" a la clonación sino la de un "cómo": cómo tratar la diferencia o la reproducción de lo idéntico, y ante todo "¿qué es la duplicación?" "¿Puede formularse la pregunta "¿qué es?" sin que una duplicación virtual, y por lo tanto sin que cierta clonación haya posibilitado este lenguaje?" No digo esto para embarullar las cosas y evacuar una cuestión grave. Recuerdo cosas que deberían ser, que comienzan a ser evidentes: antes de pensar en monstruosas generaciones de clones armados hasta los dientes y dispuestos a invadir Europa, es sabido que ciertas clonaciones terapéuticas pronto serán dominables y útiles, y por lo tanto muy pronto consideradas como indispensables. La distinción entre clonación terapéutica y reproductiva no es procedente mientras no se haya respondido a preguntas de apariencia filosófica: por ejemplo, ¿qué es una reproducción ("natural" o no, "artificial" o no: por lo tanto, ¿qué es la "naturaleza?", etcétera)?

¿Qué es la integridad de una persona? ¿En qué momento y según qué criterios se define su origen? ¿Qué es un nacimiento? ¿Qué cosa, en la "naturaleza" o en la "cultura", es ajeno a toda "clonación", etcétera? Estas viejas preguntas siguen siendo o vuelven a ser muy nuevas, gracias en particular a esas mutaciones tecnogenéticas. Por eso siempre habrá no LA familia sino algo que se llama familia, lazos, diferencias sexuales,<sup>8</sup> "relación sexual" (incluso allí donde no la hay, como diría Lacan), un lazo social alrededor del alumbramiento en todas sus formas, efectos de proximidad, de organización de la sobrevida, y del

<sup>7</sup> Sobre la cuestión de la clonación, véase nuestro capítulo 4: "Imprevisible libertad".

\* En francés la duplicación salta a la vista: *qu'est-ce que c'est?* Si traducimos palabra por palabra, sería "¿qué es eso que eso es?". (N. del T.)

<sup>8</sup> "Relación desde ya no a-sexuada, ni mucho menos, sino sexuada de otra manera, más allá de la diferencia binaria que gobierna el bienestar de todos los códigos, más allá de la oposición femenino/masculino, más allá de la bisexualidad también, de la homosexualidad o la heterosexualidad, que equivalen a lo mismo. Precisamente soñando con salvar por lo menos la posibilidad de esta cuestión me gustaría creer en la multiplicidad de voces sexualmente marcadas, en esa cantidad indeterminable de voces entremezcladas, en ese móvil de marcas sexuales no identificadas cuya coreografía puede acarrear el cuerpo de cada 'individuo', a travésarlo, dividirlo, multiplicarlo, ya sea clasificado como 'hombre' o 'mujer', según los criterios en uso", en: *Points de suspension*, ob. cit., pp. 167-168.

derecho. Pero esta persistencia de un orden no produce ninguna figura a priori determinable de cualquier modelo familiar.

É. R.: En el fondo, unos piensan que toda forma de organización psíquica no es más que una construcción cultural o social, los otros, por el contrario, sostienen la idea "naturalista" según la cual la sociedad —y por lo tanto el psiquismo— tendría un fundamento biológico determinante. En esta perspectiva, unos piensan que la homosexualidad es una cultura, a la manera de un género<sup>9</sup> (*gender*), una identidad construida, otros afirman que es innata, hasta genética, instintual. Algunos homosexuales sueñan inclusive que unos sabios descubrirán un día el gen de la homosexualidad, lo que entonces permitiría negar que esta pueda depender de un entorno o de una organización psíquica inconsciente.

En este debate tropezamos con la idea de un posible fundamento biológico de las sociedades humanas.<sup>10</sup>

J. D.: No me gustaría dejarme encerrar en la opción naturalismo/constructivismo. Y no considero legítima ninguna de las cuantiosas oposiciones conceptuales que son llamadas, presupuestas o consideradas como adquiridas en tal opción. Yo intento no ser ni naturalista ni constructivista, si esta última palabra remite a una suerte de confección artefáctica totalmente desarraigada, fuera de toda premisa biológica. Entre ambos, usted inscribe el concepto de psiquismo. Todavía es preciso saber qué se entiende por *psique*. En Freud, la relación entre lo psíquico y lo biológico, como usted sabe, siempre está suspendida, diferida a una elaboración venidera, en las generaciones futuras, y por lo tanto, en verdad, muy complicada.<sup>11</sup>

En todos estos problemas, que son considerables, no quisiera renunciar ni a uno ni al otro. Me gustaría tratar de encontrar una senda para tomar en cuenta los determinismos genéticos y biológicos, complejos en sí mismos y no simplemente "naturales". En lo biológico y en lo genético hay cifrados cambios de orientación, "lenguajes" y "escrituras". En otras palabras, existe una suerte de "cultura", hasta una "técnica" de lo genético, que posibilita todo tipo de construc-

<sup>9</sup> Es la tesis de Didier Eribon, que utiliza las categorías de Pierre Bourdieu, en *Reflexions sur la question gay*, París, Fayard, 1999 [Trad. cast.: *Identidades: reflexiones sobre la cuestión gay*, Barcelona, Bellaterra, 2000]. Acerca del gen de la homosexualidad, véase Élisabeth Roudinesco, *Pourquoi la psychanalyse?*, ob. cit.

<sup>10</sup> Véase al respecto Françoise Héritier, *Masculin féminin. La pensée de la différence*, París, Odile Jacob, 1996 [Trad. cast.: *Masculino, femenino: el pensamiento de la diferencia*, Barcelona, Ariel, 1996].

<sup>11</sup> Freud nunca abandonó la idea de encontrar un fundamento biológico a la organización psíquica, cosa que no le impidió renunciar a construir una "biología del espíritu". Por el contrario, se orientó hacia la construcción de una metapsicología, distinta de la psicología clásica, y que apuntaba a elaborar modelos teóricos no directamente relacionados con una observación clínica.

ciones. Por lo tanto, no quiero renunciar al saber biológico o genético en lo que tiene de abierto, de progresivo y perfectible.

Sin embargo, la psique -o la cultura, o lo simbólico, para retomar, sin acreditarlas, esas equivalencias tan a menudo consideradas como seguras- toma el relevo, un relevo diferencial, justamente, de las leyes llamadas geneticobiológicas. En ciertos "momentos", esta *différance* puede interrumpirlas; en otros, puede introducir, en la inmanencia de lo viviente, la economía de una nueva configuración. La propia interrupción pertenece al campo de los posibles genéticos o biológicos. No son solamente "momentos" diferentes de la diferencia. Diferencia significa a la vez lo mismo (lo viviente solamente diferido, sustituido, reemplazado por un suplemento vicariante, por una prótesis, por un suplente en el que aflora la "técnica") y lo otro (absolutamente heterogéneo, radicalmente diferente, irreductible e intraducible, lo aneconómico, el muy-otro o la muerte). La interrupción diferencial es a la vez reinscripta en la economía de lo mismo y abierta a un exceso del muy otro. Para volver a esa palabra, habría psique, o sea, "vida", no bien aparece esa diferencia, o más precisamente (porque puede no aparecer como tal, sin duda, por otra parte, jamás lo hace) apenas deja una huella (ni un signo, un significante, ni nada que pueda decir "presente" o "ausente", sino una huella).

Para volver a la cuestión de la familia, siempre habrá un lazo familiar alrededor del nacimiento. Por lo tanto, no se podría borrar el nacimiento, y por consiguiente, entre otras cosas, cierta herencia genética. Pero ¿qué es "nacer"? Si se lo distingue rigurosamente del origen, el comienzo, la procedencia, etc., el "nacimiento" es acaso todavía una cuestión de porvenir, una cuestión muy nueva. La filosofía está mucho más adiestrada en trabajar las cuestiones del origen y el fin, de la vida y la muerte. Pero la filosofía (y sin duda también, las más de las veces, la ciencia, y en todo caso el psicoanálisis), le consagró poca atención "pensante" a aquello que, en el nacimiento, se sustrae a esas categorías.

Usted conoce la supuesta certeza según la cual siempre se sabe quién es la madre, pero no, con el mismo tipo de seguridad, quién es el padre. La paternidad sería inducida por un juicio, la maternidad comprobada por una percepción. Freud se apoya en y apuesta tranquilamente a esta "evidencia" (la supuesta evidencia de la maternidad, justamente, y la no-evidencia de la paternidad) en su relato del caso de "el Hombre de las ratas", citando a Lichtenberg.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Sigmund Freud: "Lichtenberg: 'El astrónomo sabe más o menos con la misma certeza si la luna está habitada y quién es su padre, pero sabe con una certeza muy diferente quién es su madre'. Fue un gran progreso de la civilización cuando la humanidad se decidió a adoptar, al lado del testimonio de los sentidos, el de la conclusión lógica, y a pasar del matriarcado al patriarcado", "Remarques sur un cas de névrose obsessionnelle" (1909), en: *Cinq psychanalyses*, París, PUF, 1954, p. 251. Esta tesis es retomada por Jacques Lacan en su elaboración del concepto de Nombre-del-Padre. Véase Elisabeth

De esto deduce que el patriarcado es un progreso de la razón y del juicio racional, un paso más allá de la percepción sensible.

Sin embargo, este esquema, incluso y sobre todo en Freud, me parece más frágil que nunca. Hoy, menos que nunca puede uno estar seguro de que la propia madre es la que uno cree ver pariendo. La madre no es solamente la genitora pues, como el psicoanálisis no es el único que nos lo enseña desde siempre, otra persona puede convertirse o haber sido "la" madre, una de las madres. Pero lo más difícil de pensar, primero de desear, luego de aceptar, salvo como una monstruosidad, es precisamente eso: más de una madre. Suplementos de madres, en una irreductible pluralidad. Hoy, la madre portadora y la que se convierte, hablando con propiedad como se dice impropriamente, en la madre, pueden ser dos personas. ¡Sin hablar de tantas otras madres que vinieron a tomar el relevo! Dicho en otras palabras, la identidad de la madre (así como su posible identificación jurídica) depende de un juicio tan derivado, de una inferencia tan desligada de toda percepción inmediata como esa "ficción legal" de una paternidad conjeturada por un razonamiento (*legal fiction*, decía el Ulises de Joyce respecto de la paternidad).

Los poderes tecnocientíficos (inseminación artificial, madre portadora, clonación, etc.) sin duda acelerarán, en el futuro, una mutación en la relación padre/madre. Pero será solamente una aceleración, una *différance*, por espectaculares y temibles que parezcan sus efectos: la "madre", también, siempre fue una madre "simbólica" o "reemplazable", como el padre, y la certeza adquirida en el momento del alumbramiento, a mi juicio, era una engañifa. Una engañifa muy interesada, por cierto, la proyección de un deseo poderoso, pero una engañifa. Y lo sigue siendo, para siempre y más que nunca.

É. R.: ¿Puede aclararlo?

J. D.: Otra evidencia: antes de llegar a la posibilidad de las madres portadoras, se sabe que, en ciertos medios sociales, la madre "daba a luz". Pero era otra mujer -una nodriza- la que educaba al niño. Por lo demás, el padre podía convertirse en la verdadera madre, y la madre "simbólica" o "fantasmática" ser diferente de la "verdadera" madre, pero más "verdadera" que ella. La posición de la madre nunca es reductible a la de la genitora. "Mamá", decía Rousseau, y cuántos otros ejemplos de madres que no son mamás y de mamás que jamás serán madres...

É. R.: Sobre todo en el siglo XVIII.

Roudinesco, Jacques Lacan, ob. cit. Véase también Jacques Derrida, *Mal d'archive*, París, Galilée, 1995 [Trad. cast.: *Mal de archivo: una impresión freudiana*, Madrid, Trotta, 1996].

J. D.: Hoy menos que nunca. (Sin duda habría que afinar la distinción entre madre y maternidad, deseo de la madre y deseo de maternidad. Lo estoy intentando en otra parte.)<sup>13</sup> En adelante se multiplican las posibilidades de hacer llevar un semen por otra mujer que es simplemente un "vientre alquilado", como se dice en italiano, o una "madre portadora", como se dice en francés. Por consiguiente, la madre no es la que llevó el niño, ni siquiera la que pare. Desde el punto de vista de la relación naturaleza/razón, la oposición ficción legal/maternidad natural por fuerza deberá desplazarse. No obstante, habrá un nacimiento y un lazo familiar alrededor del niño. Este invariante permanecerá, pero la organización de los sitios respectivos se vuelve más móvil. Nunca fue "natural" para ningún "viviente" ("humano" o "animal"), pero cada vez lo parecerá menos. Como ese lazo "social", "simbólico" o "fantasmático" siempre permanecerá alrededor del nacimiento, habrá que delimitar una relación irreductible entre lo que se llama por un lado lo genético, lo biológico, lo "natural", y por el otro lo simbólico o lo "cultural". El hilo de esta primera filiación existe, ya no es posible negarlo científicamente (¡incluso allí donde consiste en interrumpirse y diferirse!).

Hasta en las esferas aparentemente más espirituales, la figura genética de la "vida" sobrevive, por enigmático que siga siendo el lazo aparentemente figural entre la vida llamada natural y la vida del espíritu. Habrá que aprender a reaprender a tomarlo cada vez más en cuenta. No quiero elegir entre la genética, la función simbólica y el constructivismo. No se construye de cualquier manera. Sigue siendo cierto que, por eso, no hay que mezclarlo todo. No hay que aplastar una sobre otra las capas de lo "viviente", de un viviente que siempre consiste también y sobrevive en *saber* y en *saber discernir*. No hay vida ("animal" o "humana") que no suponga cierta aptitud de discernir, analizar, distinguir: entre las formas de vida como entre lo "viviente" y lo "muerto". Comencemos entonces por aplicar esta aptitud para discernir a la vida misma, en general, distingamos las estructuras y los niveles.

É. R.: Estoy de acuerdo con usted, pero la novedad respecto de ese modelo clásico de la ficción legal y la supuesta certeza de la maternidad es que en adelante es posible identificar al padre biológico gracias a exámenes genéticos. En mi opinión, aquí hay un cambio radical.

J. D.: Identificar a un genitor no equivale a designar un padre. ¡El genitor no es el padre! El padre es alguien que *reconoce* a su hijo, la madre reconoce a su hijo. Y de manera no solamente legal. Toda la oscuridad se concentra en esta

<sup>13</sup> Jacques Derrida, "La veilleuse", prefacio a Jacques Trilling, *James Joyce ou l'écriture matricide*, Belfort, Circé, 2001.

"experiencia" que llamamos tan rápido el "reconocimiento". Más allá o más acá del derecho, sus modalidades pueden ser diversas, complejas, retorcidas; pueden extenderse, estabilizarse o desestabilizarse en el curso de una historia cuyo fin nunca es determinable. Es esta "experiencia" la que va a dar lugar a un tejido muy complejo de posibilidades simbólicas, y fundar un lazo (siempre más o menos estable y frágil, nunca seguro) entre el "momento genitor" y el "momento simbólico". No solo ese fenómeno de "reconocimiento" jamás se reduce a su dimensión legal ni a cualquier privilegio "paternal" o "maternal", sino que además uno sería muy imprudente si lo reservara a la "familia" humana. Muchas especies de lo que neciamente se llama "el animal" hacen de esto una experiencia fina, concreta, compleja, con toda suerte de recursos "sustitutivos" y relevos "proféticos", "padrastras", "madrastros", tíos, etcétera. ¡Y no solamente entre los "monos superiores", y no solamente entre los mamíferos!

É. R.: ¿No cree que el hecho de poder identificar con certeza la "huella" de tal o cual individuo determinado (un genitor, un criminal, etc.) opera un cambio en nuestras representaciones de los orígenes y las filiaciones?

J. D.: Sí, en nuestras representaciones. Y en efecto, eso cuenta para los procedimientos judiciales, para las leyes sobre la herencia y la criminología, por lo tanto para el derecho y las técnicas de la policía al servicio del derecho. Pero no cambia gran cosa para los desafíos de que hablamos y que son prejurídicos, o incluso prepolíticos. Desde el punto de vista de la organización simbólica, las inversiones fantasmáticas son absolutamente necesarias (y la historia del derecho lo reconoce, en su conceptualidad a menudo ambigua). Fíjese lo que ocurre con las sustituciones de niños en las maternidades. En el orden del fantasma, los padres quieren absolutamente tener su propio hijo. Pero si uno reemplaza el suyo por otro niño sin que ellos lo sepan, si el secreto es bien guardado, guardado incluso del inconsciente, el lazo parental se establecerá de la misma manera. Ni noticias.

Paternal o maternal, el deseo o el fantasma de apropiación no es de orden meramente genético, pero viene a incorporarse, para alimentarse como parásito, sobre un fantasma de la genética: "¡Esta es mi sangre!", "amo a mi hijo porque es mi sangre, porque es (un poco) mío (un poco, un poco más) yo mismo, como otro". Vaya.

É. R.: Pero de todos modos, recurrir sistemáticamente a la huella, a la prueba, es decir, al archivo absoluto, ¿no alimentaría a ese fantasma narcisístico de una paternidad finalmente "probada"?



J. D.: Por cierto, "fantasma narcisístico", pero eso no establece ninguna paternidad. No hay un archivo absoluto, y la huella no es una prueba. El fantasma se pone en movimiento, da movimiento a partir del momento en que el padre y/o la madre cree efectivamente ser el "padre" auténtico de lo que de ese modo crece en ellos. Hay que cavar, y seguir cavando, lo que significa "creer". Y "crecer". Y el crecimiento de una creencia. En este caso y en otros. Hay un fantasma de lo genético: uno ama a sus hijos más que a los de los otros porque uno proyecta hacia ellos una identificación narcisística: es mi sangre, es yo. Y el fantasma puede ser más o menos el mismo, o parecersele, con hijos adoptados.

É. R.: Pero en nuestras sociedades, sin duda, habrá un levantamiento del anonimato referente al origen de los niños nacidos bajo X o surgidos de una inseminación artificial. Algunos lo desean, otros no.<sup>14</sup> Yo más bien estoy a favor, pero lo que es seguro es que un niño, si lo desea, debe tener acceso absoluto a su historia, ya que se sabe que de todas maneras la verdad se inscribe en el inconsciente. Pienso por otra parte que los padres deben decir la verdad a los niños sobre su origen, tanto en los casos de adopción como en los de IAD.

J. D.: ¿Qué responder a una amiga que le dice que los "padres deben decir la verdad a los niños"? En efecto, más vale que el niño crea saber. Me parece que yo conozco a mi padre y a mi madre. Mucho más allá, no conozco los orígenes de mis padres. Y jamás sabré, con lo que se llama un saber seguro, lo que ocurrió entre mi padre y mi madre presuntos "alrededor" de mi nacimiento. Lo que es importante para mi equilibrio, para mi "salud psíquica", es que me sienta bastante seguro de que mi padre es mi padre, y mi madre mi madre. Aunque me hayan engañado eficazmente hasta el fin de mis días, la creencia puede funcionar.

É. R.: Francamente, no lo creo: A mi juicio, no hay eficacia del engaño en este campo. La verdad siempre termina por emerger, y los niños a quienes se engaña sobre su origen siempre presentan síntomas que significan que su inconsciente conoce la verdad, aunque la deformen. Usted que, contra Lacan, sostuvo que una carta no llega por fuerza a destino<sup>15</sup> —en otras palabras que no hay imperialismo del destino significante—, ¿cómo puede creer en la eficacia de un engaño?

<sup>14</sup> Véase, al respecto, Geneviève Delaisi de Parseval, "La part du père et de la mère à l'aube de l'an 2000", en: *Liber amicorum Marie-Thérèse Meulders-Klein, Droit comparé des personnes et de la famille*, Bruselas, Bruylant, 1998, pp. 143-160.

<sup>15</sup> En *La carte postale*, ob. cit., Jacques Derrida comentó el famoso seminario de Lacan sobre "La carta robada" de Edgar A. Poe. Véase Jacques Lacan, *Écrits*, ob. cit. Véase también nuestro capítulo 9: "Elogio del psicoanálisis".

J. D.: Buen ejemplo; precisamente porque una carta siempre puede no llegar a destino es por lo que los engaños (y otras cosas semejantes, extravíos, pistas múltiples, malentendidos absolutos, etc.) pueden dejar en espera lo que usted llama la verdad, lo que esperamos desesperadamente considerar como verdad.

En efecto, la noción de eficacia debe pasar por el inconsciente. Si algo es eficaz para la conciencia, y si, inconscientemente, se dejan pasar síntomas, en efecto no hay ninguna eficacia. Pero si yo estoy absolutamente seguro, consciente e inconscientemente, de que mi madre es mi madre y mi padre mi padre, la cosa también funcionará.

É. R.: A condición de que sea cierto y los padres no oculten un secreto sobre la filiación.

J. D.: Si guardan el secreto dejando los síntomas del secreto, no funcionará, tiene razón. De otro modo funciona, aunque sea "falso". Se vuelve "verdadero".

É. R.: Pero cuando uno guarda un secreto de ese orden sobre el origen de una filiación, no puede suprimir los síntomas. Por supuesto, cuando los propios padres ignoran el origen del niño, no mienten al transmitir la verdad de su ignorancia. De hecho, el secreto que quieren disimular siempre retorna en forma de síntomas.

J. D.: A menudo, pero no siempre, no necesariamente. Cuando hablo, como acabo de hacerlo tan rápido, de una "eficacia" que pasa por el inconsciente, deseo que me entiendan con prudencia. No hago el elogio cínico de una mentira que funciona gracias al inconsciente o que funciona bien con él (aunque con frecuencia deba tomarse en cuenta, y no es aquí, improvisando, donde tendremos el tiempo de desplegar, como sería necesario, la gran cuestión de la verdad, de la veracidad y del síntoma en una lógica que tome un poco en serio al psicoanálisis).

No, yo solamente propongo tener en cuenta una causalidad específica (causalidad psíquica o simbólica, si usted quiere) que no se reduce a un liso y llano proceso genético, suponiendo que ese "liso y llano" exista. Si realmente, pura hipótesis, la Sra. de Warens hubiera podido persuadir a Jean-Jacques que ella era auténticamente "Mamá", lo habría sido. No habría sido una mentira o un disimulo, aun cuando —según criterios "objetivos" y un concepto de verdad que no tienen nada que ver con lo que hablamos, o sea, la filiación, la paternidad, la maternidad— "Mamá" no fuera su madre.



Los servicios responsables de la aprobación de los candidatos solteros a la adopción insisten también en la necesidad de una imagen. Recordemos que no pueden basar la denegación de la solicitud únicamente en la situación matrimonial, pero sí en la ausencia de imagen paterna —o materna, en los casos raros de solitud por parte de hombres solteros—, y a menudo en que el niño no se desea como tal, sino como medio para poner fin a la soledad de los solicitantes. Si no hay una presencia efectiva de un padre o una madre en el hogar de acogida, al menos es preciso que en el entorno del (de la) adoptante exista alguna persona susceptible de ofrecer al niño esta imagen. Así, en los expedientes de Ayuda Social, se lee: «Como referente masculino tiene a sus cuñados, que están de acuerdo en asumir esa función»; «Tiene un antiguo amigo que será una imagen paterna para el niño»; «Una amiga, madre de un niño, será la madrina».

En vista de que se requiere un hombre y una mujer para dar vida a un niño, en vista de la existencia de una sociedad bisexuada, de un componente masculino y otro femenino que deben transmitirse y que son necesarios para dar vida a un niño, ¿se deduce que este hombre y esta mujer deben formar una pareja conyugal?

Toda sociedad regula la cuestión de la paternidad, porque el hombre engendra pero no gesta, y necesita determinar cuál es la madre de sus hijos; si la mujer desaparece antes de dar a luz, el hombre que los ha engendrado jamás será padre, mientras que si es él quien desaparece antes del nacimiento, la mujer seguirá siendo madre... Básicamente, el hombre ha tenido que apropiarse de las mujeres y situarse como jefe de familia para ser padre; la mujer ha tenido que asegurarse de que un hombre permaneciera presente como padre de sus hijos. El desarrollo del individualismo, el culto a la expresión del yo, la autonomía de la sexualidad con respecto a la reproducción, la independencia económica de las mujeres, el progreso del conocimiento científico relativo a la procreación han comenzado a revolucionar la organización social —y familiar— de la reproducción física de la especie humana.

Según M. Godelier,<sup>21</sup> «Las relaciones de parentesco presuponen la existencia de relaciones biológicas con las que se articulan

21. M. Godelier, «Inceste, parenté, pouvoir», *Psychanalystes*, septiembre de 1990, pág. 33.

directamente y de las que se sirven para producir un orden social, subordinándolas a determinado número de normas [...]». Debe prestarse especial atención a la secuencia «de las que se sirven para», que marca la separación entre parentesco y biología. A partir de esta pequeña frase inocente, M. Godelier precisa bien la necesidad de dos sexos diferentes para engendrar a nuevos individuos, un engendramiento que conlleva la aparición y sucesión de generaciones, pero también indica que no debe confundirse engendramiento con parentesco. Asimismo señala otra distinción importante, resaltada por la antropología francesa, pero silenciada por la antropología francesa: la diferencia entre filiación y descendencia. La filiación se fundamenta en relaciones de consanguinidad, sin privilegiar la ascendencia materna o paterna. En cambio, la descendencia designa a los ancestros —o a los herederos— y selecciona a ciertos parientes en detrimento de otros; es el principio de todos los sistemas lineales.<sup>22</sup> En los sistemas no lineales, la elección de los padres no se efectúa en función del linaje, sino a partir de Ego; éste sólo va a elegir a una parte de sus consanguíneos para constituir su parentela. Lineal o no, «el parentesco se ve obligado a atribuir o denegar a la paternidad, a la maternidad, a la hermandad, etc. derechos y deberes, así como a inventar las razones correspondientes en el lenguaje del parentesco. Por tanto, el parentesco se estructura a partir de realidades que no guardan relación alguna con la unión de los sexos o el engendramiento de los hijos».<sup>23</sup> El objetivo es la apropiación de los hijos, pues el parentesco es, «en todas las sociedades, el lugar donde se prepara de antemano y comienza la apropiación del individuo por parte de la sociedad».<sup>24</sup> Tal apropiación del hijo por la sociedad no supone en absoluto que los progenitores sean los padres. Y aunque la apropiación casi siempre ha comenzado por el matrimonio de los padres, ningún orden simbólico inmutable supone que el matrimonio, así como la filiación que de él se derive, remitan a la diferencia sexual, puesto que los

22. Al igual que ocurre en los sistemas bilineales que transmiten elementos distintos según se trate del linaje paterno o materno, o bien según el sexo de los hijos. Así, en la sociedad de los mundugumor de Nueva Guinea, los padres transmiten a sus hijas y las madres a sus hijos.

23. M. Godelier, *op. cit.*, págs. 38-39.

24. *Ibíd.*